Singulares

núm. 1

MUJERES AL MARGEN

Brujas y otras historias de estigma y olvido

Ivet Eroles Palacios
Ilustraciones de Maria Anaïs Miranda Solé

Traducción de Mercè Ubach y Núria G. Caldés

FONOLL

Juneda, 2026

Este libro está fabricado con materiales certificado FSC®
y otros materiales controlados.

Titulo original: *Dones al marge. Bruixes i altres històries d'estigma i oblit* (Fonoll, 2021)
1a edición en lengua castellana: diciembre de 2026

© del texto: Ivet Eroles Palacios
© de las ilustraciones: Maria Anaïs Miranda Solé
© de las características de esta edición: Editorial Fonoll
© de la traducción Mercè Ubach Dorca y Núria G. Caldés

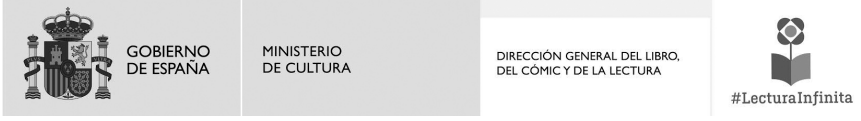
Diseño de la cubierta: Arnau Torrente Capdevila
Diseño del interior: joanteixido.net
Maquetación: Núria Mirada (La Mirada Gràfica)
Impresión: DC Plus Serveis Editorials

Editado por:
Editorial Fonoll, SL
Espai Lo Cub · C/ Major, 13 2n · 25430 Juneda
www.editorialfonoll.cat

Depósito legal: L 969-2026
ISBN: 978-84-10220-58-4

Advertencia legal:
Está rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura de España,
a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura



Índice

9 **PUNTO DE PARTIDA**

25 **RELATOS DE TIERRA *ROIA***
Margarida Guitarda (Llagunes, juzgada en 1516)

35 **UNA MÉDICA EN LA TIERRA DE LOS BRUJOS**
Margarida de Rugall (Paüls, juzgada entre 1548 y 1549)

43 **VASALLAS DEL BOC DE BITERNA**
Cebriana Polvorera (Erinyà, juzgada en 1574)

49 **RETRATO EN LA HORCA**
Francina Redorta (Menàrguens, juzgada en 1616)

59 **HIJAS DE LA LUNA DE PLATA**
Margarida Templat (L'Esquirol, juzgada entre 1619 y 1621)

67 **VIDAS EMBOSCADAS**
Joana Massissa (Castelló d'Empúries, nacida en 1614)

77 **LA PASTORA DE LA COVETA**
Teresa Farrús (Lluçars, siglo XIX)

87 **DESENTERRAR EL SILENCIO**
Nativitat Ginesta Ribó (Escalarre, 1921-Hostal d'Aidí, 1938)

97 **SOBREVIVIR A RAVENSBRÜCK**
Conxita Grangé Beleta (Espui, 1925-Toulouse, 2019)

109 **BORDAR EL MAÑANA**
Conxita Català Ambatlle (Farrera, 1926-Alcarràs, 2010)

119 **CAMINOS DE TREMENTINA**
Emília Llorens Majoral (Cornellana, 1934-2023)

129 **EL AZUL OPACO DEL AGUA**
Carme, la «Gallussa» (Susqueda, siglo xx)

139 **QUIÉRETE MUCHO**
Angelina Novau Rosell (Santa Maria de Meià, 1940-2026)

149 **ACOMPAÑAR EN EL TRÁNSITO**
Karen Rosero Reinoso (Guayaquil, 1985)

158 **VUIT DE MARÇ**

160 **PUNTOS SUSPENSIVOS**

166 **AGRADECIMIENTOS**

168 **BIBLIOGRAFÍA Y OTRAS FUENTES**

«A nosaltres, les dones que estimo.»
Maria-Mercè Marçal, *Bruixa de dol*

PUNTO DE PARTIDA

Verano de 1424, castillo de València d'Àneu, Pallars Sobirà. Los prohombres de las Valls Àneu y el conde de Pallars se reúnen para promulgar la primera ley europea contra el crimen de brujería: las *Ordinacions de les Valls d'Àneu*. Son los inicios de la caza de brujas, un fenómeno que se produjo de forma paralela en el Languedoc, Suiza y el norte de Italia, y que muy pronto se extendió por toda la vieja Europa.

En Cataluña, los valles pirenaicos fueron la cuna y el principal foco de la persecución contra las brujas, que se propagó hasta los pueblos y ciudades de más al sur, siguiendo el rastro de todas las personas que huían de su fama como practicantes de brujería. Y es que el rumor se pegaba a determinadas personas y muchas veces las conducía a la muerte. Las colgaban en la horca por haber cometido un crimen imaginario, acusadas de pertenecer a una secta que jamás existió. La mayoría de ellas, aproximadamente el 90 %, eran mujeres. Entre las acusadas, las había que habían desafiado a vecinos o instituciones locales, y también había otras que se encontraban en medio de conflictos familiares o sociales. Podían ser viejas, pobres, migradas o solteras. Podían ser viudas, pedir limosna o dedicarse a prácticas magicomedicinales. O podían ser de cualquier manera, ser personas cualesquiera. Las brujas se construyeron a partir de la mirada del otro; un otro que las hacía responsables de todo lo que atentaba contra la comunidad, contra la reproducción social (vinculada con los nacimientos, las muertes y los medios de subsistencia); un otro que las culpaba de los males que resultaban difíciles de explicar.

Así pues, estas mujeres eran las causantes de las granizadas, de envenenar o matar el ganado, de las muertes de adultos y niños, de la impotencia y la frigidez sexual... Se rumoreaba que se convertían en animales y entraban en las casas para sembrar el mal. Eso es lo que se decía, lo que «todo el mundo» decía. Y es que «S'en parlave... i n'hi havie» (es decir, se hablaba de ellas porque existían). Esta cita de Mercè, de casa Guem de Beranui, nacida en la Vall Fosca en 1917, da nombre a la exposición que, comisariada por el historiador Pau Castell, está dedicada a la brujería en el Pirineo y las Tierras de Poniente, exposición de la que se puede consultar un catálogo con información ampliada. Hace años que Castell estudia la caza de brujas en Cataluña, y con un

equipo de investigadores ha analizado cómo el mito de la brujería ha llegado hasta nuestros días. En algunos casos, han observado cómo este seguía vigente hasta mediados del siglo pasado; sin juicios, sin caza, pero con toda la carga simbólica y sus consecuencias sociales. Un mito que en ocasiones se ha transmitido en el seno familiar, marcando a las mujeres de un mismo apellido durante generaciones.

Las investigaciones actuales desmontan algunas de las creencias asociadas a la caza de brujas en Cataluña, ya que la mayoría de juicios por brujería eran celebrados por tribunales locales o baroniales, en lugar de serlo por tribunales eclesiásticos o inquisitoriales. Ello rompe con la idea popular de que la caza de brujas estaba orquestada por la Inquisición. En cambio, la mayoría de acusaciones nacían de los vecinos y vecinas de una comunidad, y era la justicia local la que intervenía en el asunto. De hecho, las grandes persecuciones tuvieron lugar en territorios en los que los poderes locales gozaban de más autonomía. Si bien es cierto que la Iglesia sentó las bases ideológicas para la caza y desplegó todo un argumentario para justificar la represión de grupos considerados heréticos (judíos, cátaros, brujas...), con el paso de los años la justicia real e inquisitorial procuró poner freno a la persecución.

Ya superado el siglo XVIII, las élites intelectuales europeas determinaron que la secta de las brujas nunca había existido y se dio fin a su persecución. Hay que tener en cuenta que en Cataluña la mayoría de ajusticiamientos por crimen de brujería se realizaron en la horca y no en la hoguera, que es donde se practicaban las ejecuciones de la Inquisición. A lo largo de la historia, encontramos varias fuentes documentales que muestran la desconfianza de la institución católica hacia la caza de brujas, con personajes que intentarían demostrar su inexistencia, o con otros que acabarían siendo detenidos o ejecutados por excederse en la persecución, como el adivino Joan Malet, un morisco de Flix que fue quemado por la Inquisición después de haber fomentado la caza de brujas en localidades como Tortosa, Montblanc, Reus, Sitges o Tarragona.

Las investigaciones de estudiosos y estudiosas sociales, así como todas las reinterpretaciones simbólicas que se hacen hoy en día del fenómeno de la brujería, especialmente desde los feminismos, inspiran y marcan el punto de partida de este libro. En este sentido, hay que destacar el papel que ha tenido la obra *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, de la filósofa y activista Silvia Federici, que analiza la transición del feudalismo

al capitalismo desde una perspectiva de género.[1] A grandes rasgos, Federici vincula el nacimiento del sistema capitalista con la caza de brujas en Europa y el inicio y la expansión del colonialismo, en un momento de tránsito de la edad media al periodo moderno. La visión que ofrece esta activista es a escala europea e internacional, por eso hay que tener en cuenta que la caza de brujas tuvo sus singularidades en cada territorio, como pueden ser los Países Catalanes.

Según Federici, en aquel momento se intentó «borrar del mapa un mundo de prácticas y creencias socioculturales que había sido típico de la Europa rural y precapitalista». Saberes que compartían las curanderas, las médicas tradicionales, las herboristas o las comadronas; mujeres que habían encontrado una forma de ocupación que era «una fuente de poder, a pesar de que las exponía a la venganza cuando esos remedios fallaban». En el catálogo *Per bruixa i metzinera. La cacera de bruixes a Catalunya*, el historiador Antoni Pladevall apunta que en muchos lugares había mujeres mayores, y sobre todo viudas, que vivían de forma pobre y humilde. Es posible que se reunieran para compartir remedios y conjuros contra dolencias y así dar respuesta a los problemas y preocupaciones del momento. También es probable que rodearan sus reuniones de cierto secretismo, razón por la que eran temidas y consultadas a la vez, un hecho que les daba cierto prestigio o categoría social.

Solo hay que revisar la etimología de la palabra catalana *metzina*, de raíz latina, que hasta el siglo XIII significaba «medicamento» y se entendía como «ciencia médica», «medicina». Es esta una palabra que a lo largo de las próximas centurias se transformaría en sinónimo de veneno. En *Mujeres al margen*, la palabra *metzina*, veneno, adquiere relevancia, ya que muchas de nuestras protagonistas fueron juzgadas por brujas y *metzineres*,[2] acusadas de matar a personas y animales con alimentos o brebajes envenenados. De hecho, desde que el término *metzinera* aparece de forma documentada, siempre va acompañado de connotaciones negativas y se emplea para describir un tipo de mujer que elabora venenos fuera del sistema de control establecido para médicos y boticarios.

1 En un segundo trabajo más reciente, *Brujas, caza de brujas y mujeres* (2021), Federici sintetiza sus tesis sobre la caza de brujas, se fija en el momento actual y revisa el *Calibán y la bruja*... con la voluntad de ampliar sus investigaciones. Las citas de Federici proceden de su último trabajo.

2 Etimológicamente, «médicas» o «que proporcionan medicinas», pero cuando empiezan las acusaciones de brujería la palabra pasa a significar exclusivamente «envenenadoras».

En palabras de Pau Castell, «el estereotipo de bruja se articula principalmente alrededor de dos conceptos clásicos, el *maleficium* (maleficio, mal dado) y el *veneficium* (envenenamiento)». Y es que a medida que iba consolidándose la ciencia médica masculina de raíz grecorromana, fue desacreditándose el saber ancestral que acumulaban las adivinas, conjuradoras, sortílegas o encantadoras, por ejemplo. Pero el factor que más influyó en la mala opinión de la gente sobre esos saberes y prácticas (y sobre las mujeres que los desarrollaban) fue el endurecimiento del discurso intolerante y recristianizador de determinados sectores de la Iglesia, canalizados por predicadores como Vicent Ferrer. Los sermones apocalípticos que este personaje hizo en Cataluña contra hechiceras y conjuradoras tuvieron un gran impacto entre la población.

La racionalización del mundo natural también supuso la domesticación del comportamiento y la sexualidad femenina, que podía ser entendida como una amenaza social. En 1487 se publicó en Alemania el *Malleus Maleficarum* o *El martillo de las brujas*, «posiblemente el texto más misógino que se haya escrito jamás», asegura Federici. La obra de Heinrich Kramer y Jakob Sprenger marca un antes y un después, puesto que los tratados anteriores no tenían una visión misógina tan acentuada y radical. En este sentido, *El martillo de las brujas* contribuyó a la feminización de la brujería a partir de los últimos años del siglo xv. Esto puede apreciarse de forma muy visual en las representaciones artísticas anteriores a aquella época, en las que aparecen hombres y mujeres vestidos que adoran al diablo. En cambio, las obras posteriores presentan únicamente mujeres, casi siempre desnudas, que protagonizan escenas con una fuerte carga sexual. Aun así, hay que tener en cuenta que este tratado, que rompía con la tradición anterior, fue contestado y cuestionado ya en su época. Pau Castell pone de manifiesto que antes de la caza, las brujas eran consideradas espíritus nocturnos y no seres humanos. El historiador también ha estudiado la evolución semántica del término *bruja*, a partir del nombre de un espíritu infanticida próximo a la *strix* itálica. Este nombre derivaría del término indoeuropeo *bhreus*, que significaba «la que aplasta».

Según la etnobotánica Júlia Carreras, que investiga el fenómeno de la brujería e imparte talleres y formaciones, hemos adoptado el discurso de los perseguidores, puesto que hemos humanizado a las brujas. Ella lo atribuye a la falta de contacto con el medio rural, lo que ha provocado la pérdida de la visión originaria del fenómeno. De hecho, a raíz de su trabajo etnográfico, ha detectado que ciertas creencias asociadas al mundo mágico persisten en el imaginario de

algunas personas de edad avanzada, pero muchas veces lo ocultan por miedo al qué dirán, al sentirse cuestionadas por la racionalización que predomina en las sociedades actuales. Y es que este exceso de la razón también puede entenderse como una falta de respeto hacia otras formas de pensamiento y de entender el mundo que han coexistido en las sociedades rurales hasta la actualidad. Para ella es importante no juzgar a estas personas con los parámetros que se utilizan hoy en día. Carreras también recuerda que no podemos hablar de feminismo en un mundo donde esto no se planteaba, y deja claro que las mujeres consideradas como brujas no tenían tiempo para empoderarse, que bastante trabajo tenían para procurar no morir de hambre, igual que los mismos vecinos y vecinas que las acusaban.

En su libro *Vienen de noche. Estudio sobre las brujas y la otredad*, Júlia Carreras habla de la figura de las brujas antes de la caza. La etnobotánica profundiza en el concepto de alteridad, que define como la oposición absoluta a lo que entendemos como cierto o lógico. También nos invita a indagar en nuestros miedos, para enfrentarnos a ellos y redescubrir partes ocultas e ignoradas de nosotras mismas.

Silvia Federici entiende que el imaginario que se construyó en torno a estas mujeres responde a una lógica de adoctrinamiento y criminalización del cuerpo y la sexualidad femeninos, y señala que en aquella época la represión del deseo de las mujeres se puso al servicio de fines utilitarios, para la procreación de una abundante fuerza de trabajo, o sea, para engendrar trabajadores para el nuevo mundo capitalista.

En los Países Catalanes también tenemos textos misóginos que considerar, como el *Spill o llibre de les dones*, escrito alrededor de 1460 por Jaume Roig, un médico valenciano que decía en verso: «Muchas han muerto / muy bien quemadas / y sentenciadas / en varios procesos / contra tales excesos / en Cataluña». Se trata de una obra satírica de ficción cuyo protagonista se dirige a su sobrino para contarle las malas experiencias que ha tenido con las mujeres, de las que solo salva a dos, Isabel Pellicer (la esposa de Jaume Roig en la realidad) y la Virgen María. En la búsqueda de una mujer adecuada, el protagonista relata sus fracasos matrimoniales y amorosos con una falsa doncella, una beguina, una viuda o una monja, que describe como mujeres embusteras, con actitudes lascivas y malévolas. Entre los perfiles de mujeres mencionados, encontramos a las beguinas, un movimiento que surgió en la

edad media, formado por mujeres que vivían al margen de las autoridades masculinas o eclesiásticas, dedicadas a una vida espiritual y religiosa desde el laicismo. Muchas de ellas lo hicieron en comunidades administradas por mujeres, que representaban un oasis de libertad en medio de la sociedad patriarcal. Como se puede imaginar, las beguinas tampoco escaparon de ser sospechosas de herejía. Las monjas también han representado esta idea de comunidad y hermanamiento entre mujeres, no debemos olvidar que el popularizado término *sororidad*, tan pronunciado en los entornos feministas, proviene del latín *soror*, que significa «hermana», tal como se denominan entre ellas las monjas. En este sentido, varias obras han explorado la libertad que algunas mujeres han podido experimentar en los conventos, entendidos también como refugios donde evitar la heterosexualidad, el matrimonio o la maternidad.

«La bruja era la comunista y la terrorista de su tiempo», sentencia Federici. Una tesis que sostienen otros historiadores, que reconocen que la culpabilización de determinados grupos sociales es una constante a lo largo de la historia y que no es exclusiva de la caza de brujas. Durante tres siglos, miles de mujeres de Europa se convirtieron en la personificación del enemigo interno y del mal absoluto. «Viven entre nosotros, se reúnen, atentan contra nuestra forma de vida y son la causa de nuestras desgracias. Es un tema de triste actualidad», me decía Pau Castell. Dentro de esta lógica encontramos, por ejemplo, la caza de brujas de McCarthy o los rumores y las acciones en relación con las personas migradas. Para antropólogas como Núria Morelló, el rumor está en la base de muchas conflictividades sociales y ataques racistas, ya que genera una idea colectiva que estereotipa a una persona. Así, el rumor puede terminar excluyendo a determinados colectivos o eliminar poblaciones. En los juicios que revisaremos en las próximas páginas, se menciona de vez en cuando el apelativo *gabachas* como sospechosas, refiriéndose a inmigrantes occitanas, o viudas de inmigrantes. Lamentablemente, la estigmatización social de algunos colectivos es histórica y permanente.

Uno de los principales motivos que han llevado a Silvia Federici a estudiar el fenómeno de la caza de brujas es el deseo de comprender las causas de la actual violencia contra las mujeres. La activista pone de manifiesto que en muchos lugares del mundo han resurgido las cazas de brujas, así como los movimientos de resistencia de las mujeres contra estas nuevas persecuciones. Federici repasa los inicios del movimiento feminista, en el que la lucha contra la violencia hacia las mujeres ha sido una cuestión clave. Aun así, estas violencias siguen

aumentando, hasta el punto de disponer de una palabra propia para designar los asesinatos por violencia machista: *feminicidio*. Muchas feministas se preguntan si estamos ante una nueva caza de brujas bajo el nombre de feminicidio. Es por este motivo que Federici refuerza la importancia de entender «la historia y la lógica de la caza de brujas y las muchas maneras con que se perpetúa en nuestro tiempo», para impedir que de nuevo se vuelva contra nosotras.

Llegados a este punto, hay que mencionar la rica tradición de la historiografía feminista sobre la persecución, que desde el punto de vista de algunos investigadores sociales en trabajos como los de Federici a veces no aparece del todo reflejada. Federici forma parte del campo de la filosofía política y de la lucha feminista, y sus aportaciones van en esta dirección. Con todo, hay que tener en cuenta la investigación historiográfica o antropológica sobre la caza de brujas medieval y moderna, para ampliar la mirada sobre este fenómeno. Actualmente, destacan las investigaciones de historiadoras y antropólogas feministas alrededor de conceptos como la maldad femenina (que es anterior a la persecución y resulta determinante para el proceso de feminización de la brujería), la disciplina social, los cambios en el universo simbólico o las construcciones de género en la época medieval y moderna. Tal y como detalla Pau Castell, todos estos conceptos forman parte, de forma general, de lo que se conoce en el campo historiográfico como la tesis de «la bruja imaginada», que han desarrollado grandes especialistas como Diane Purkiss o Lyndal Roper. Esta tesis, también investigada por Laura Kounine, entre otros, se centra en los aspectos psicológicos y en el rol de la imaginación, las emociones y las construcciones de género como condicionantes de la persecución, ya que son generadores de una serie de marcos mentales compartidos tanto por las personas acusadas como por las acusadoras.

Así pues, si el camino que me permitió adentrarme en la caza de brujas empezó con las lecturas de Silvia Federici y se amplió de forma considerable gracias a las investigaciones de Pau Castell o Núria Morelló, así como al trabajo archivístico y divulgativo de Júlia Carreras, conviene mencionar a mujeres como Purkiss, Roper o Kounine para hacer una aproximación más completa al fenómeno y exponer que presenta múltiples dimensiones. Todas las voces son diversas y complementarias, pero hay que tener en cuenta desde qué campos se pronuncian.

Mujeres al margen. Brujas y otras historias de estigma y olvido plantea un recorrido por la vida de mujeres catalanas reales que a lo largo de la historia han

sufrido procesos de estigmatización social e invisibilización. Los casos de brujería señalan el camino de esta ruta histórica porque siguen una lógica vigente que arrincona, desprecia y criminaliza determinados colectivos o individuos. Pero este itinerario va mucho más allá y se adentra en el medio rural histórico y actual, al tratarse de un territorio silenciado y olvidado, muchas veces con la autoestima extirpada. Además, es en este norte rural donde se gestó la persecución de las brujas. Así pues, *Mujeres al margen* nace del cruce de caminos entre la historiografía de la caza de brujas y los estudios y experiencias de las mujeres del mundo rural, entendido como un mundo plural y diverso, como lo es toda la biodiversidad que aglutina.

En el libro *Tierra de mujeres*, la veterinaria y escritora María Sánchez dice que las mujeres del mundo rural no necesitamos de ninguna narrativa que nos rescate, que tenemos voz y medios. Lo expone en referencia a la estampa bucólica y llena de estereotipos con que a menudo se presenta la ruralidad, descrita desde una realidad ajena al territorio. Sánchez se pregunta cómo se escribe sobre lo que no se valora, cómo podemos sacar de la sombra lo que se arrincona, cómo podemos devolver la voz y la palabra a las mujeres que no han sido escuchadas. ¿Cómo podemos hacer participar a estas mujeres de nuestras historias y relatos personales si en nuestro lenguaje y en nuestra narrativa nunca han tenido espacio como protagonistas? Por eso yo, como mujer del mundo rural, no tanto por el hecho de haber nacido en este contexto como por la decisión de vivir en él, me siento con el compromiso de alimentar nuestra narrativa y sumarme a esta polifonía de voces que se proyectan desde los territorios.

La idea de hacer una compilación de historias de mujeres no es nueva; de hecho, es de la rica bibliografía existente de donde nace esta obra. Eso, en sí mismo, es una buena noticia. Con el propósito de nutrir esta tendencia, el libro resigue los senderos de la memoria y se cuela en sus vacíos, en sus omisiones. Entre estas páginas brillan retazos de vida de personas que han marcado la diferencia dentro de su comunidad, sin ser figuras de prestigio en el ámbito cultural o profesional. Precisamente realza a todas las que la historia ha marginado, a las olvidadas, algunas de ellas vivas hasta hace poco. Mujeres que han sido doblemente silenciadas por el hecho de pertenecer a un área geográfica alejada del centro de Cataluña. A pesar de ello, tal como me dijo la artista Olga Olivera-Tabeni, existe información que no se puede recuperar, ya que nadie registró los hechos. O, lo que resulta más perverso, los registros que se conservan han sido manipulados por el poder, con arreglo a sus intereses. Esto se aprecia de forma muy evidente

en las mujeres enjuiciadas por crimen de brujería, ya que solo conocemos su historia a través de sus verdugos, los que redactaron sus juicios.

La reconstrucción, o más bien la reinterpretación, de las vidas de nuestras protagonistas ha sido más fácil de conseguir a partir de finales del siglo XIX, porque disponemos de más información. En este sentido, hay que diferenciar dos bloques históricos dentro del libro. El primero se sitúa entre los siglos XVI y XVII y se centra principalmente en los juicios que se conservan contra las mujeres acusadas de crimen de brujería, en plena efervescencia de la caza de brujas. El segundo bloque abarca desde finales del siglo XIX hasta la actualidad, y en él se pasa revista a la vida de mujeres que han tenido un papel singular dentro de su comunidad, ya sea porque no han dudado en defender sus pueblos y estilo de vida o porque han conservado saberes antiguos. Algunas de ellas sufrieron la represión fascista y otras se han mantenido en la sombra, desde donde han hecho crecer la vida.

La mayoría de las historias que aparecen en el libro tienen por escenario el Prepirineo catalán y el Alto Pirineo.[3] El vínculo que la autora y la ilustradora tenemos con este territorio se suma al hecho de ser una zona marcada por el despoblamiento, una geografía vaciada (que no vacía), donde hay que luchar para que aparezcan las oportunidades. Fragmentos de paisaje donde demasiado a menudo el trabajo estacional no es una opción, sino uno de los pocos caminos posibles. Parajes vacacionales que son mucho más que un hashtag en Instagram. Se trata de un rincón de Cataluña poblado por mitos y leyendas, donde las fábulas no restan realidad a la dureza de ciertos trabajos y prácticas. Ya lo dicen los *minairons*: «¿Qué haremos?, ¿qué diremos?».[4] Es, al mismo tiempo, un norte abundante en recursos, bosques tupidos y un agua que con su fuerza desprende luz. La Cataluña rústica, de mística asilvestrada, a veces deprimida, otras orgullosa y exultante; la despensa de buena parte del Principado.

3 Pau Castell menciona los esfuerzos por parte de la gente del territorio para desterrar la expresión de raíz franquista *Pirineo de Lérida* o *Pirineo leridano*. Por eso optamos per la expresión Pirineo catalán o Alto Pirineo, esta última de uso más antiguo y con una lógica territorial que engloba los dos Pallars, la Ribagorça, el Valle de Arán, el Alto Urgel y la Baja Cerdaña.
4 Dice la leyenda que los *minairons* son unos seres minúsculos que caben dentro de un canuto de una caña, o de agujas. Cuando la persona que se los encuentra los destapa, salen exigiendo: «¿Qué haremos*¿*, ¿qué diremos?», tal como se titula el libro del escritor pirenaico Pep Coll. Los *minairons* pueden llegar a matar a su amo si no les da trabajo.

Antes de presentar a las protagonistas de este libro, quisiera recordar que los feminismos, con sus oleadas, van empapando las diferentes vertientes de la vida cotidiana, académica, profesional... El ámbito cultural no tendría que permanecer impermeable a ellos, puesto que es, o debería ser, un terreno que acoge, alimenta y propaga expresiones críticas, incómodas y transformadoras. Precisamente, el libro *Mujeres al margen. Brujas y otras historias de estigma y olvido* está escrito desde una mirada violeta que se fija en todo lo que crece en los márgenes, en las cunetas, en lo que ha sido pisado y abandonado históricamente, como la mala hierba. Yo soy de un lugar donde todavía he oído llamar *cugula* (es decir, ballueca) a las niñas que están por nacer: «¿O sea que llevas ballueca?». La *cugula* es avena silvestre, y es considerada una mala hierba, porque perjudica los campos de cereales, amenaza su productividad. Esta expresión es de una perversidad tremenda, sobre todo si nos tenemos que guiar por la estructura familiar que ha dominado en muchos hogares, donde la mujer ha sido la que cuida, la que hace posible que la vida siga y se reproduzca. Lo que no se cuenta de la avena loca es que es diurética, es buena para el forraje y para combatir los problemas de la piel. ¿Acaso existen hierbas malas? Como la de algunas plantas, la historia de las mujeres es una cuestión olvidada, pero ambas se pueden recuperar, como lo hacen las iniciativas que reivindican los usos de las plantas silvestres y las variedades agrícolas tradicionales para generar un modelo agroecológico más sostenible, que nos conecta con los sabores ancestrales. En mi libro *Cugula* (Fonoll, 2025) trato esta cuestión desde una perspectiva poética, con la colaboración de veintidós ilustradores e ilustradoras.

Los feminismos también nos recuerdan que es importante saber desde qué lugar leemos y escribimos el mundo. Yo soy una mujer blanca y europea que encaja dentro de la normatividad; una mujer que ha tenido acceso a determinadas oportunidades fruto de sus privilegios. Mi visión de la vida está condicionada por eso y es importante poner conciencia en ello para no reproducir las consignas propias del feminismo blanco y así evitar excluir a las personas que sufren muchas más opresiones y violencias derivadas del sistema patriarcal, como señalan las activistas de los movimientos antirracistas y descolonizadores. En este sentido, todas aquellas que transgreden los cánones estéticos y normativos, las que tienen sexualidades e identidades disidentes, las migradas, las que rompen el estigma en salud mental, las racializadas, las trabajadoras sexuales, las que viven en las diversidades... tampoco necesitan una narrativa que las rescate, y eso ha sido un punto de inflexión a la hora de describir su

experiencia del mundo rural, ya que seguramente no me corresponde a mí contarla. De todas formas, he recogido algunas de sus percepciones, que quedan reflejadas en este libro a modo de altavoz. Soy consciente de que los capítulos que les toca protagonizar saldrán de su puño y letra. Si alguien nos tiene que guiar por este camino, que sean ellas, porque resulta conveniente mirar más allá de los discursos que ya están asimilados a nivel social y dejar espacio para que todo lo que se pronuncia desde los márgenes pueda propagarse por los caminos.

Hay que tener en cuenta que aquí presentamos las vivencias de las mujeres como sujetos históricos y políticos. La categoría «mujer» está llena de intersecciones, y en este libro queremos tener presentes todas las voces, como las que claman por la abolición de las etiquetas y las categorías del género. Aun así, el uso de esta categoría nos permite mirar al pasado e identificar y visibilizar las opresiones que viven o han vivido las personas que se identifican como mujeres. En este sentido, es alarmante que algunos movimientos[5] excluyan a las mujeres trans de sus relatos y luchas; aquí no podríamos entender los feminismos sin ellas. Al mismo tiempo, sabemos que hay mucha vida más allá del binarismo de género, es decir, de las identidades mujer-hombre, y es por eso que en este libro hay espacio para todas, un espacio abierto a la reflexión constante y al cambio.

Mujeres al margen insinúa un camino que se adentra en la vida de mujeres que han nacido entre paisajes que se expresan con palabras propias y variantes dialectales contra la extinción, como el habla de las tres pallaresas que dan título a los primeros capítulos de este libro. Na Guitarda, na Rugalla y na Polvorera fueron juzgadas por brujas durante el siglo XVI, con unas acusaciones similares a las que recibieran otras mujeres de diferentes puntos del territorio, como la Redorta de Menàrguens o la Arnissa de L'Esquirol, procesadas en el siglo XVII. Más de doscientos años después, un grupo de vecinos de mi valle, la Coma de Meià, intentó asesinar a Teresa, una pastora de cabras a la que consideraban bruja. Es este un camino que transcurre por tierras de bandoleros y se para cerca de Joana Massissa, la última mujer secuestrada por Serrallonga. Massissa vivió la violencia sexual que sufrieron las mujeres capturadas por bandoleros, en un momento histórico que coincidió con la caza de brujas.

5 Estos movimientos son conocidos bajo las siglas FRT (Feminismo Radical Transexcluyente).

Los lugares por donde transita este libro tienen el talante propio de los lugares de paso, de frontera, y se convierten en escenarios de contrabando, pero también de guerra, represión y exilio, con nombres y apellidos enterrados en las fosas comunes de la desmemoria, como el de Nati Ginesta, una joven de diecisiete años que en 1938 fue fusilada y enterrada por los nacionales en una cuneta de la carretera entre Esterri d'Àneu y Llavorsí. Durante muchos años, la historia de Nati fue silenciada. Ella fue víctima del odio y la envidia entre vecinos, espoleados por el fascismo, tal como ocurría durante la caza de brujas. Por este motivo su nombre aparece en este libro, donde también se dedica un capítulo a Conxita Grangé, la última superviviente catalana en los campos nazis. Poco se ha hablado de esta hija de la Vall Fosca que formó parte del maquis, sobrevivió al horror de Ravensbrück y tuvo el valor de contarlo. Conxita recibió el estigma y la persecución del nazismo y el fascismo, y su historia tardó en divulgarse por los Países Catalanes y el Pallars.

A través de este itinerario, irán saliéndonos al paso oficios que solo tienen razón de ser en determinados valles, como el de *trementinaire*, desarrollado principalmente por vecinas del valle de Tuixén y la Vansa, que recorrían parte de Cataluña a pie para repartir remedios y plantas recogidas en sus campos y bosques. Así lo hacía Emília Llorens de Cornellana, la última *trementinaire* del lugar. Emilia recordaba que durante muchos años las *trementinaires* fueron mal vistas por algunas personas del valle porque ejercían un oficio de pobres. Ellas eran mujeres arraigadas en la tierra, como la Gallussa, que resistió hasta el último momento a la inundación de su pueblo, Susqueda, ahora bajo las aguas de un pantano. Huérfana, pobre, campesina y soltera, la Gallussa llevó una vida austera, rodeada de conejos y gallinas, y de alguna forma se ha convertido en un icono de la resistencia rural. Entre todas estas mujeres de altura, está Conxita Català, que nació hace casi un siglo en Farrera, a 1.360 metros de altitud, y siempre quiso vivir a su manera, prescindiendo de los condicionantes de la época. Conxita era una mujer con una inclinación particular hacia las personas, ella cosía y cantaba, como dice el dicho, en un entorno de alta montaña donde no era tan habitual conocer a alguien que expresara la sexualidad de una forma viva, despierta, a alguien que hacía arte en un mundo marcado por la economía de subsistencia.

A lo largo del recorrido, he ido integrando a estas mujeres en mi vida, hasta el punto de dedicar un capítulo a mi abuela Angelina Novau, una mujer de pueblo que sufrió la invisibilización propia del medio rural y que se convirtió en

uno de mis principales referentes. Recuperar su historia es reparar mi propia genealogía, es honrar a las mujeres transparentes que han cultivado la vida en nuestros pueblos. Por último, tampoco he tenido que ir muy lejos para conocer a Karen Rosero, la madre de un niño trans que vive en el valle de Àssua, donde yo también viví un tiempo. La experiencia de Karen nos muestra como una madre puede acompañar en el tránsito, en el tránsito de una persona hacia lo que es y siente, más allá de las barreras sociales. Hay que tener en cuenta que el colectivo LGTBIQA+ (el acrónimo que se utiliza para referirse a las personas lesbianas, gays, trans, bisexuales, intersexuales, queer, asexuales y otros) ha sufrido una discriminación histórica y su realidad muchas veces ha quedado oculta en el fondo de un armario. De hecho, algunos autores y movimientos han comparado las vivencias de este colectivo con la caza de brujas.

Así pues, presuntas brujas, *trementinaires*, luchadoras, curanderas, pastoras, supervivientes, madres y tantas otras han sido señaladas por su entorno a lo largo de los siglos. Este dedo acusador acompaña a mujeres y niñas desde su nacimiento. Aquí vamos a pasear con nuestras antepasadas para comprender la experiencia rural histórica del estigma en clave de género, unos pasos que nos conducirán al presente con la voluntad de adquirir conciencia sobre hechos traumáticos y mecanismos sociales que siguen repitiéndose. Quién sabe si como seres humanos estaremos preparados algún día para poder frenarlos.

La primera edición en catalán de *Mujeres al margen. Brujas y otras historias de estigma y olvido* salió en diciembre de 2020. Desde su publicación, hemos generado espacios de reflexión sobre los procesos de estigmatización social. Durante las presentaciones del libro, nos hemos preguntado cómo podemos romper el círculo vicioso de la historia, que nos condena a ver cómo ciertas violencias no dejan de repetirse bajo nuevas formas. Después del diálogo, hemos podido llegar a una conclusión básica que interpela a la responsabilidad individual y colectiva y que sintetizo a continuación.

Entre los feminismos existe un lema que se acostumbra a proclamar a menudo: «Somos las nietas de las brujas que no pudisteis quemar [ni colgar]». De este modo, se quiere resignificar la palabra *bruja* y reparar la memoria de las acusadas. Con todo, desde una perspectiva histórica, hay que tener en cuenta que en la mayoría de los casos se intentó exterminar a las mujeres que teóricamente participaban de la secta de las brujas. Desde esta óptica, muchas de nosotras somos las descendientes de las personas que quisieron cazar a las llamadas

brujas, sin obviar que también existen lazos directos con las mujeres que colgaron o quemaron, o bien con las que sobrevivieron. Observar la historia desde esta visión permite apreciar las luces y las sombras del ser humano. Así pues, a lo largo de nuestra vida, en algún momento hemos sido las víctimas de alguna situación, pero en otros hemos ejercido como verdugos. A pesar de que resulta más cómodo identificarse con el bando del oprimido, de alguna forma el opresor también vive dentro de nosotros, quién sabe si por herencia social o por condición humana. Saberse verdugo puede generar incomodidad, malestar o rechazo, pero este es el terreno fértil del cambio, de la transformación. Esta incomodidad puede conducirnos a hacernos preguntas y a tomar decisiones, como intentar vivir el presente de otra forma, identificando los mecanismos de marginación y estigmatización social para intentar no volver a reproducirlos.

Estas tesis y otras quedan recogidas en la exposición «Brujas de luto. De las *Ordinacions d'Àneu* a las cazas actuales», una instalación artística que tuve la oportunidad de comisariar en el marco de los actos de conmemoración del seiscientos cumpleaños de la ley europea más antigua contra la brujería, las *Ordinacions de les Valls d'Àneu*, de las que hemos hablado al inicio. En 2024, el Consell Cultural de les Valls d'Àneu y el Festival de Cultures del Pirineu Dansàneu impulsaron una serie de actos de desagravio y reconocimiento de las víctimas de la caza, a partir de varias actividades culturales. «Brujas de luto», en homenaje a la poeta de las Tierras de Poniente Maria-Mercè Marçal, recoge la obra de artistas que han reflexionado en torno a la caza de brujas, pero va más allá y ofrece un recorrido histórico y actual por nuestras vidas. Con el asesoramiento de la antropóloga Núria Morelló, se aplica la perspectiva de género para plantear muchas preguntas que todavía esperan respuesta. La exposición consta de dos versiones, una instalación artística de gran formato y una móvil que se vehicula a través del Institut Català de les Dones. Desde la web del Festival Dansàneu[6], se puede acceder a gran parte de sus contenidos, como el catálogo expositivo, que nace del libro *Mujeres al margen* y lo lleva a otros terrenos. Por ejemplo, contiene una entrevista a Silvia Federici, que pudimos grabar en el marco del III Encuentro Feminista sobre la Caza de Brujas, celebrado en Iruña/Pamplona en 2024.

Muchas iniciativas actuales van en esta dirección. La Campaña por la Memoria de las Mujeres Perseguidas por Brujería impulsa encuentros internacionales,

6 https://dansaneu.cat/bruixes-de-dol.

conferencias, publicaciones de libros y rutas históricas desde la mirada de género. En este sentido, en noviembre de 2024, se celebró el IV Encuentro Feminista Internacional Sobre la Caza de Brujas en Esterri d'Àneu, impulsado por el nodo catalán de la campaña. El wikiproyecto «No eran brujas, eran mujeres» también está llevando a cabo una labor ingente a la hora de crear y mejorar artículos sobre mujeres acusadas de brujería en Cataluña y Andorra. El proyecto se inspira en la campaña que impulsó la revista *Sàpiens*, que promueve la reparación y la restitución de la memoria de las acusadas. En este sentido, promueven wikimaratones para ampliar contenidos. También resulta de gran interés la obra de la fotoperiodista Judith Prat, *Brujas*, que une pasado y presente con la mirada puesta en las mujeres del territorio. Lo mismo vale para el trabajo de actrices como Noemí Busquets, con el personaje Joana la Gascona, o Anna Tamayo, de la compañía Cándida, con su espectáculo *200.000 mujeres*.

En los últimos años, han surgido jornadas que se centran en estas cuestiones. Al mismo tiempo, acontecimientos ya consolidados han revisado y ampliado su perspectiva. En este sentido, es imposible mencionar todas las iniciativas que hoy en día visibilizan la caza de brujas y las violencias de género, todas ellas capitales para seguir remedando el pasado e imaginando futuros más amables.

Mujeres al margen es una propuesta literaria que opta por la estética de la prosa poética y por el lenguaje propio de la ilustración, en un diálogo que se reapropia de las omisiones de la historia. Es por ello que cada capítulo está encabezado por unos versos de la autora, para que la poesía también esté presente en el relato que da forma a la vida de las protagonistas del libro. Sin embargo, no tiene la intención de dibujar un mapa en el que figuren todas aquellas vidas al margen del camino; esta cartografía seguirá vacía e incompleta. Es solo una aproximación que propone puntos de inicio, algunos ubicados en caminos antiguos, en desuso, que se pueden recuperar. Y si este libro se expresa desde los márgenes, es para que estos no sigan en estado de abandono. La obra ha sido escrita desde un territorio que necesita de una gestión, unas manos que cuiden, que trabajen en beneficio y equilibrio de los seres que lo habitan. Manos que hagan las veces de torniquete para frenar la sangrienta despoblación y parar la desaparición de prácticas, oficios y profesiones, así como el abandono de nuestra genealogía, que se traduce en esta historia vaciada. Ir a los márgenes es un gesto de aprecio hacia el territorio y la diversidad que lo habita; es una acción que cuida.



RELATOS DE TIERRA *ROIA*

Margarida Guitarda
(Llagunes, juzgada en 1516)

Hay quien dicta sobre los remedios
que me dictaron a mí las plantas.
Sobre la genealogía que llevo enredada en el pelo
y la memoria antigua,
transparente,
con que trabajan mis manos.

Existe un lugar donde las calles, las casas, los caminos, las montañas y las personas están hechos de tierra *roia*, tierra rojiza en dialecto pallarés. Es el valle de Siarb, en el Pallars Sobirà, desde donde empezamos esta ruta a través de los siglos. En este valle vivía Margarida Guitarda de Llagunes. Na Guitarda era una mujer con fama, su nombre se murmuraba por el entramado de caminos antiguos que configuraban el paisaje. Ella era la protagonista de las historias que se contaban en la fuente y de los rumores que se perdían en la oscuridad de las casas, rota por el fuego de la noche. Eran historias fantásticas, narraciones mitológicas, relatos emponzoñados. Y es que na Guitarda de Llagunes era conocida «por toda la tierra».

«Y por toda la tierra tiene fama de bruja y envenenadora»,[7] confesó uno de sus vecinos. Su juicio contó con más de una docena de testigos, que dieron fe de su reputación, ya que muchos de ellos habían oído rumores sobre ella, aunque directamente nunca hubieran visto nada. Dicen que por vuestros lares tenéis una bruja, les comentaba la gente de otras poblaciones. De hecho, na Guitarda era una mujer que gritaba, se enfadaba y blasfemaba, era una mujer que no dudaba en amenazar a algunos vecinos y vecinas. O eso era lo que decía la gente.

7 La artista Olga Olivera-Tabeni recogió varios juicios por crimen de brujería dentro del proyecto *Itinerant Feminist*, que intenta hacer una genealogía o archivo de mujeres. Este juicio es uno de ellos y fue publicado por primera vez en la tesis doctoral de Pau Castell.